

LA FAMILIA HOLANDESA.

ACOSTUMERARSE A LA VIDA.

I.

—Siempre estar hilbanando puntos, y escuchar el tic tac uniforme del reló de pared, pensaba entre sí, y la jóven hostezaba.

La mirada que la lanzó su madre tenía en sí una virtud, porque Lisbel hizo un ligero movimiento de hombros bajan-

do sus pupilas, y su aguja tomó un movimiento mas rápido.

—El perro duerme, mi madre cose, mi padre fuma y lee su eterna Gaceta; y mañana! el padre leerá y fumará, mi madre coserá, el perro dormirá, ¡y siempre, siempre sacar y meter la aguja!

Lisbel, abismada en estas meditaciones, tiró tan fuerte del hilo, que por elástico y flexible que fuese, se rompió; la mirada inquieta se fijó sobre ella de nuevo, y sin decir una palabra, la madre colocó un ovillo sobre la rodilla de la jóven.

El tic tac del reló continuaba siempre; la aguja corría sobre la tela con su ligero crugido, y el pensamiento rebelde de Lisbel murmuraba y se devoraba por dentro.



La familia holandesa.

—Si Frantz estuviese aquí su silla al menos haría ruido, su lengua también: rompería este silencio de muerte. Tiene la voz sonora Frantz. Le oía el otro día cuando sus dos manos se habían cruzado sobre mis ojos. Yo le había oído venir á la chita callanda, pero hice que no le conocía; ¡cómo se reía! ¡Ah! ¿Qué es lo que hace crugir el reloj? ¿Quién ha movido el sillón?

—¿Qué hay, Lisbel? preguntó el padre; ¡eres el movimiento continuo! Mas ruido haces tú sola que una legión de tábanos.

—Es Mineta, que juega con su madre, dijo Mad. Bambroken.

—Es preciso tener cuidado, señora Bambroken, es preciso tener cuidado; la cabeza de vuestra hija es mas movable que una veleta entre el viento del Sur y el viento de Sco-land.

La voz era mas imperativa que las palabras. Los ojos de las dos mugeres se volvieron á fijar sobre la costura; las dos volvieron á tomar su movimiento mecánico, y las dos hojas de la Gaceta de Harlem, sucesiva, metódica y lentamente vueltas, acompañaron con su roce el tic tac del reló, el ligero ruido de los gatos y el ronquido del perro.

—El día de mañana se pasará siempre así, igual, como los siete platos que adornan el aparador. Será preciso habi-

tuarse á respirar con un movimiento tan regular como el de los dedos cuando hacen esta eterna costura, ¿y el día de mañana se parecerá siempre al de hoy? ¿Cómo se parecen entre sí las dos hebillas de los zapatos de mi padre! ¿Y las horas pasarán descoloridas, sin variación, como los botones de su casaca?

La ventana se hallaba entreabierta para dejar entrar un rayo de la brisa de mayo, un soplo de fuera, soplo perfumado porque el viento había pasado por los capullos abiertos de las rosas y los jacintos del parterre, y traían al cuarto el aroma de que se habían impregnado.

—Si Frantz estuviese aquí... Tiene un modo de mirar que hace olvidar el tiempo, tan largo, tan pesado, tan lento cuando no está aquí, y no tener que mirar á ese maldito cuco; al menos esta es la hora en que viene. Pero esa maldita Gaceta yo creo que es mas larga que de costumbre. ¿Dónde está el que hace ligeras las horas? ¿Dónde está? ¿Cuándo le oiré silbar la canción que acostumbra con mas gracia que un canario, y con la que me avisa que viene?

Sofocó un suspiro; el agudo sonido del reloj marcó la hora, y la jóven se estremeció vivamente.

—Es verdad, dijo Bambroken, es muy difícil tener tranquilidad en su casa. Ya sabe la señorita Bambroken que las jóvenes deben ser mas contenidas y habituarse á una grave medida. Jamás la muger será demasiado callada y demasiado tranquila en sus movimientos. La Biblia que leéis con tanta frecuencia con Frantz debería habérselo enseñado.

Y Mr. Bambroken dobló magestuosamente la Gaceta, la metió gravemente en su bolsillo, guardó su pipa en un rincón del armario, la que usaba hacia treinta años en sus ratos de descanso, cogió su baston del ángulo vecino de donde había sacado su pipa, dejó caer sobre su hija una mirada de descontento arqueando las cejas un poco mas que de costumbre, y echó una fría mirada á su muger. Un momento despues sus pasos pausados y regulares resonaban en la escalera de madera.

—¡Por fin se marchó! exclamó Lisbel.

Arrojó la labor que estaba cosiendo y se colocó sobre un taburecito á los pies de su madre, rodeándola con sus brazos y haciéndola caricias.

—No esteis tan seria, querida madre mia; dejad respirar á vuestra pobre Lisbel; pensad que soy jóven; todo lo que es jóven juega, rie, corre y se divierte; solo Lisbel es la que vive como si fuese la abuela de Matusalen.

La madre dejó caer sus manos sobre los hombros de su hija, y suspiró.

—¿Por qué suspirar tan amargamente, madre mia? dijo Lisbel ¿por qué? Vuestra Lisbel no es mas mala que cualquiera otra jóven. ¿Seria la mejor del mundo si anduviese y viviese por resorte como una muñeca de Nuremberg? Tengo necesidad de movimiento, tengo necesidad de saltar, tengo necesidad de reir, de correr, de cambiar de aire y de modo de vivir.

—¡Y necesidad de abandonarnos! murmuró su madre con aire pensativo.

—No, madre, no; pero no he visto que en la aldea tengan las jóvenes grillos en los pies y cadenas en las manos. Si quiero correr, se queman las plantas de vuestros pies; es preciso detener los pasos, contener el aliento; cuando teneis ganas de saltar clavar los pies; cuando os están haciendo cosquillas la garganta, los labios; si quereis reir, apretar,

comprimir vuestra boca; si teneis alegre el rostro, es necesario ponerlo triste, ocultar vuestras simpatías. Las figuras de cera que se enseñan una vez al año en la feria, ocuparian perfectamente mi lugar. Asi es que soy una digna y metódica hija de Eremberg. Si no preguntad á Frantz.

—Ya pareció aquello. Frantz es el que te hace aborrecer lo que antes te tenia contenta. ¿Y deseas que quiera á ese muchacho?

—Antes de haber visto á Frantz, antes de haber oído hablar de él, sabeis que me fastidiaba mas. ¿Quereis, madre, que yo me contente mas con no tener mas libertad que un pájaro en su jaula? Y aun yo tengo menos; tan siquiera, el pájaro saca y mete la cabeza cuantas veces quiere por entre el alambre; al menos revolotea dentro de su jaula, mientras que vuestra Lisbel... No arqueis las cejas, no os incomodeis; vuestra hija tiene necesidad de mas aire que el de la pradera de vuestro jardín.

—Ese Frantz, ese presuntuoso, con su aire atrevido y brusco, con sus manos llenas de callos, su piel ennegrecida y tostada por el sol, y sus espresiones vulgares...

—Madre, no habéis mal de Frantz; lo que él dice os abre el mundo. Desde que le he oído hablar, sé pensar. Antes no sabia mas que tonterías de muchachas, cosas vulgares, de muñecas y juguetes; al presente pienso en esas terribles tempestades de Zuiderzée, en esas corrientes de Marsdiep, donde estuvo á punto de perecer. Se han grabado en mi memoria todos los hermosos paisajes que ha recorrido, la torre del Bolverga, los hermosos retratos del duque de Güeldres y las espléndidas galerías de sus palacios. Cuando me duermo escuchando salmodiar y ganguear los cánticos en nuestra estrecha capilla, me figuro lo que pueden ser los sonidos del órgano célebre de la Zwoe, llenando toda la inmensidad de la iglesia de San Miguel. Si alguna vez voy á Nimega, apuesto á que conoceré el Belveder de Calverhost tantas veces como lo he visto en mis ensueños, y todo esto lo debo á lo que cuenta Frantz.

—Si, le debes el disgusto de cuanto te rodea, y el deseo de lo que está lejos de tí. Hija, la felicidad es como el aire que se halla en todas partes, pero para aspirarle es necesario tranquilidad; es preciso que el pecho se infle con regularidad. El que se fatiga de corazones amantes que le han querido desde que ha venido al mundo, el que se disgusta de los sitios en donde fué feliz en otro tiempo, aparta las miradas de la verdad y no puede ver sino bienes que le faltan, se inquieta y desdeña aquellos de que ha gozado, esté seguro que no hallará descanso ni reposo. Buscará tal vez en medio del ruido este silencio que tan pesado le parece, echará de menos el querido hogar en donde era tan querido y que ahora mira de lejos. Y quien sabe, tal vez encontrará que las personas que abandonó han muerto.

La madre y la hija hablaron así largo tiempo, sin convencerse una á otra. Muchas veces esta conversacion se renovó, y siempre dió el mismo resultado, y no hicieron mas que acrecentar el deseo de la jóven. Llegó el caso de la separacion. ¡Cuántas lágrimas se vertieron por una y otra parte! Pero el desenlace era inevitable. Casada con el emprendedor capitán del bonito buque Laissel, Lisbel fué con su marido al puerto de Stavera, donde el buque no aguardaba mas que su llegada para hacerse á la vela.

II.

Frantz habia hecho buenos negocios sobre todos los puntos, y seguramente la adquisicion de su encantadora Lisbel no era de la que menos se alegraba.

La *cala de Lissel* llevaba los mas hermosos carbones de los alrededores de Heerenverg. No valiéndose de manos intermedias para llevar de un canton á otro lo que le hacia falta, el capitán realizaba por sí solo grandes beneficios, que de otra manera hubiera tenido que dividir entre mercaderes, comisionistas y encargados. Tenia grandes motivos para estar muy contento con sus escursiones á aquellas costas, porque iba ganando considerablemente en sus intereses, y en las relaciones de amistad que iba conquistando.

Lisbel le habia agradado. Acrecentada su dote por la economía un poco estrecha del padre, y los activos hábitos y las buenas costumbres de la madre, no era un partido de desestimar. El venturoso Frantz, tomando á la jóven por auxiliar, habia concluido por triunfar de la oposicion y repugnancia de los señores de Bambroken.

Hacia largo tiempo que los pobres padres habian destinado á su hija única un hijo de uno de sus amigos y vecinos. El jóven debia á su vuelta de Sumatra, á donde habia ido á recoger la herencia de uno de sus amigos, venir á establecerse en su tierra natal; pero cuando llegó á Heerenverg ya no era tiempo; Lisbel habia ya dispuesto de su suerte, y ya habia volado del nido materno.

Las primeras cartas de la jóven á sus padres eran verdaderos ditirambos en celebridad de su felicidad doméstica. ¡Todo era tan nuevo, tan hermoso! Y Frantz era todavía mas encantador á los ojos de su esposa, que el Eden de perpétuos cambios y de funciones en que habia entrado la que era tan enemiga de la inmovilidad que se observaba en su casa.

Sin embargo, poco á poco se fué calmando el entusiasmo. Entonces la pobre madre, cuyo corazón habia sufrido tanto al verse sola, y al no encontrar en medio de aquel torbellino de amor, de viajes, de vanidad y de placeres la señal de un solo recuerdo por todos los cuidados y por todos los afanes que habia tenido, la pobre madre, repetimos, concibió cuidados y alarmas; redobló actividad y trabajo, y en esto procuró encontrar un remedio á sus pesares. Comenzaba á desear la vuelta de aquellos dias de embriaguez que en los primeros tiempos del matrimonio de Lisbel hacian asomar á sus pupilas lágrimas que jamás dejaba correr.

¡No hay descanso! escribía Lisbel: se necesita una salud de hierro para esto, para asistir á esta vida. Despues he aquí que aquel ángel, aquel adorado Frantz se habia convertido en un hombre: ¡tenia defectos! No se le podia hacer abandonar la horrible pipa; le embrutecía la cerveza; una jóven que pronto iba á hacerle padre, tenia derecho á ser tratada con mas consideracion.

Con Lisbel, todo lo que habia de jóven y de brillante en el grave interior de su casa, en la cuna de su infancia se habia eclipsado; y ahora venian ademas sus cartas á entristecer el hogar paterno. Bambroken, demasiado regular é intachable en sus hábitos, demasiado despótico en sus ideas, demasiado apático en su carácter, amaba, sin embargo, profundamente á su hija. Por desgracia, en lugar de disminuirse este afecto con la salida de su hija de su casa se ha-

bia aumentado, y tenia por objeto reunir mas fortuna para la edad madura de Lisbel, toda vez que habia escatimado á la jóven antes de casarse las diversiones y los placeres que encontraba caros.

Se habia hecho tanto mas exigente cuanto mas la quería, y así repetía sin cesar: todo lo que la hago no es mas que por su bien; esto en que la contrario, algun dia lo agradecerá. Esta severidad del padre habia contribuido sin duda á decidir á la jóven á casarse cuanto antes y á formar ardientes deseos de variedades, de mudanzas, de fiestas, de viajes; la habian hecho vivir con disgusto en su casa y en los sitios donde se habia pasado tan pacífica y suavemente su infancia. ¡Ay! sin saberlo sembramos nosotros mismos muchas veces la planta cuyo fruto emponzoñado nos ha de matar. El pobre Bambroken habia preparado sin saberlo el matrimonio que habia derribado todos sus planes. No sobrevivió á él sino pocos años. La noticia de un segundo parto de su hija la oyó en la cama al lado de su pobre muger. En vano los cuidados de esta excelente esposa, en vano su celo hizo cuanto pudo para prolongar la existencia y dulcificar la lenta agonía de su anciano marido.

A la noticia de su muerte, Frantz dejó á su muger que no podia levantarse en aquel momento de un sillón en donde estaba la pobre, y llegó solo á Heerenverg para arreglar los negocios de la herencia. El marido era un honrado marino, aunque su muger no omitía ocasion de quejarse de él, no sin motivo por sus modales bruscos y por esos mil detalles que producen incomodidades en las casas; desazones pequeñas, eternas, que bajo una forma ú otra hay siempre en las familias; miserias que, como decia muy bien Mad. Bambroken, era preciso limpiar y barrer, así como se sacude y limpia el polvo y las telas de araña de los muebles, sin hablar ni murmurar.

La suegra y el yerno se arreglaron muy bien y se entendieron perfectamente todo el tiempo que este pasó en Heerenverg. En otro tiempo ella habia estudiado los defectos del jóven que debia privarla de su hija; hoy ya no veía mas que las buenas cualidades del hombre que debia hacer la felicidad de su hija. Separáronse, pues, con mútuo pesar, pesar tanto mas vivo y punzante para la pobre viuda que se quedaba sola, porque la vida nómada del capitán hacia imposible que viviese con ella.

Quedóse, pues, Mad. Bambroken en su casita, que la pertenecía en propiedad, así como una corta renta suficiente ademas para satisfacer todas sus necesidades, que seguramente no eran muchas. En efecto, aun en aquella modesta posicion encontraba siempre medios de mandar á su hija recuerdos de su afecto, regalitos, memorias ingeniosamente elegidas. Unas veces eran labores, lienzos cuyo hilo habia hilado, encages que habia trabajado, pajaritos que habia criado y enseñado á cantar, flores que habia cultivado y cuyas especies propagaba con grandes y bellas variedades; hasta concluyó por establecer un pequeño comercio de estas flores, y así se procuró al mismo tiempo alguna utilidad y gran diversion. La posicion que la suerte la habia dado se fué mejorando considerablemente con su actividad y prudencia. Si la hubiesen faltado las tiernas afecciones con que contaba, fié sus hábitos y recuerdos hubiera sabido crear-se otras nuevas.

Era muy querida de sus vecinos. Las jóvenes iban á gozar á su lado de las simpatías que escitaba la excelente viu-

da, que las miraba con el mayor afecto y las daba muy interesantes y buenos consejos. Los ancianos encontraban gran placer en su dulce conversacion; estaban seguros de encontrarla siempre atenta cuando la hacian relacion de las cosas pasadas, á que los ancianos son sumamente inclinados, porque los hombres de cierta edad no viven mas que con la memoria. Aquella actividad constante, la regularidad de sus hábitos, prolongaban, renovaban y mantenian su salud. ¡Ay! los únicos pesares que tenia siempre y que soportaba con valor procurando distraerse porque no podia evitarlos, venian de un mismo origen. Por dos veces preparó la pobre madre inútilmente una linda cestita con las ropas y los pañales de un nieto que esperaba con la mayor ansia. Lisbel carecia de prudencia, y su vida nómada pedía mucha. Se veia cansada de reposo y se irritaba con el movimiento; no sabia cómo manejarse y cómo arreglar su vida. Es preciso que el caracol se haga á su concha, escribia su madre; pero lo que no habia podido su ejemplo, ¿habian de obtenerlo y conseguirlo sus consejos?

Un día que brillaba el hermoso sol de mayo, hacía las cinco de la tarde, en el momento en que cede su rigor, madama Bambroken, sentada en un viejo sillón que ella misma habia forrado con una fresca y hermosa tela estrangera, regalo de su yerno, contemplaba su jardín brillante de mil colores y matizado de bellísimas flores. Cerca de ella dos perritos, descendientes del viejo Medoro, jugaban con un gatito que habian hecho á sus bruscas maneras, y se defendía con mil gracias y monadas. Un ruiseñor puesto sobre las ramas de un árbol, y apenas oculto entre las hojas, se revelaba por sus trinos y armoniosos cantares. La puerta vidriera de la estufa, porque las utilidades del comercio de las flores le habian permitido convertir así el antiguo comedor del cuarto bajo, la puerta principal enteramente abierta dejaba llegar los perfumes exóticos de algunas plantas delicadas, cuyo olor se mezclaba embriagando con los de los jacintos y de los junquillos del parterre. La dueña de estos tesoros gozaba de ellos, concluyendo una linda cestita en que la cifra de Lisbel se unia á la de Frantz.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? preguntó fuera de la casa una voz que hizo estremecer toda á Mad. Bambroken, y un momento despues Lisbel se hallaba en sus brazos.

Cuando la madre se sació de caricias y hubo estrechado muchas veces contra su seno á su hija, la alejó á la distancia de su brazo para verla mejor, y se contemplaron una y otra hasta que una lágrima, que no era de alegría, brilló en los ojos azules y tiernos de la una, y que fué á humedecer la megilla negra de Lisbel.

—¡Pobre hija mia, pobre hija mia! murmuró Mad. Bambroken.

—¡Oh, madre mia! exclamó Lisbel, que no era la linda y fresca jóven de otro tiempo, paseando su vista extasiada por todo cuanto la rodeaba, por aquella mansion abandonada en otro tiempo con tanta alegría. ¡Oh, madre mia! en este paraíso te encuentro mas fresca y jóven ahora que hace diez años.

—¿Este Eden lo seria de Lisbel al cabo de algunos años y aun de algunos meses?

—Lo dudo, dijo Frantz que acababa de entrar.

Un movimiento de mal humor arrugó la frente de la jóven, empero su madre detuvo con un beso las palabras ágras que ya iban á salir de sus entreabiertos labios.

Despues de haber dado gracias afectuosamente á su yerno por su cordial visita, Mad. Bambroken supo en respuesta de sus tiernas preguntas, que Frantz, obligado á hacer un largo viage, se habia decidido á venir á traer á Lisbel por diez meses al menos á vivir con su madre.

—Ella es la que lo ha deseado, añadió, porque no perdía ocasion de repetir que ya estaba harta de viages por mar, y de cambiar sin cesar de sitios y de habitaciones, siéndola insoportable.

Siempre las respuestas de la jóven fueron detenidas por la atenta y solícita madre, y cuando Frantz se alejó un poco para admirar la estufa y las lindas flores del jardín:

—Hija querida, murmuró Mad. Bambroken al oído de su hija estrechándola contra su seno, la felicidad ó la desgracia nos la creamos nosotros mismos; es preciso saber formarse cada uno la vida, y esta ciencia vamos á estudiarla juntas.

Así, aquella jóven que cuando soltera se la hacia insoportable la casa de su padre y de su madre, porque allí no encontraba una vida de agitacion y movimiento en que creia ver la felicidad, aquella jóven que despues de casada habia disfrutado la vida en que cifraba todas sus ilusiones, venia al cabo de diez años á buscar la casa de sus padres, que habia tenido por insoportable, huyendo del movimiento y de la agitacion de que tan encantada antes se mostraba.

Es indudable que la vida nos la formamos nosotros mismos, y que es una desgracia el no hallarse contentos con la que tenemos, deseando siempre y anhelando otra distinta, alejando de este modo cada vez mas de nosotros la felicidad que solo debemos encontrar en nosotros mismos y en la limitacion de nuestros deseos.

PEDRO FUENTES.

UN SECRETO DE ESTADO.

En una época que no podemos precisar, el doctor Benignus era uno de los sabios mas sabios de la Alemania. Sepultado en medio de sus libros y estantes, vegetaba casi ignorado pasando para él desapercibido el tiempo. Matemático como Newton, químico como Berzelius, astrónomo como Kleper, el doctor, á la manera del famoso Pico de la Mirandola, hubiera podido sostener victoriosamente una conclusion de *Omni re scibili et quibusdam allis*.

Apóstol de la ciencia, Benignus era tambien su mártir. Consagrado enteramente á sus investigaciones, habia vivido siempre en una completa indiferencia de sus intereses materiales. Los problemas mas absolutos encontraban en él ocupacion: conocia á fondo la composicion y descomposicion de los cuerpos. El sol, la luna y las estrellas nada tenian oculto para él; ¿por qué no se habia ocupado algo mas de su casa desarreglada y de su bolsillo casi siempre vacío?

Viviendo así en el trabajo, llegó de este modo el doctor á la edad de sesenta y cinco años. Naturalmente habia permanecido célibe; pero como tenia un corazón tierno y escelente, el afecto que no hubiera dejado de prodigar á una muger y á sus hijos lo depositó todo entero en su sobrino Federico Blumental.

Este, buen mozo, de veinte y cuatro á veinte y cinco años, formaba parte de la guardia del gran duque. Se habia

enamorado de la linda Biquelmina, hija de un rico habitante de la ciudad. Mr. Kramer había consentido en dar á Biquelmina por esposa á Federico, pero con la condición de que el jóven llegase á obtener el grado de teniente de la guardia.

Aguijoneado con tal estímulo, Federico se hizo militar tan puntual y exacto, había cumplido tan bien con sus obligaciones, que iba á recibir el nombramiento que representaba para él toda su felicidad.

Sin embargo, Kramer tenía otras razones y no se daba prisa para cumplir su palabra. El buen hombre había hecho sus reflexiones, cuya prudencia no se podía negar. Por último, instruido Benignus del motivo que indefinidamente hacia prolongar el matrimonio de Federico, y no teniendo ningún patrimonio que asegurase su existencia, y haciéndose además cada día mas viejo, era un verdadero tío de Damocles suspendido sobre la cabeza del jóven, y por consecuencia del futuro matrimonio.

Esta triste idea afligió profundamente á Benignus; mas por entonces supo que el bibliotecario del gran duque acababa de morir. Este empleo había de tener muchos pretendientes, y aunque á nuestro sabio no le faltaban las protecciones, temía que el espíritu de intriga le hiciese no poder obtenerlo. Sin embargo, picado en lo vivo por el dolor de no ser útil á su querido sobrino, y haciendo como aquellos perezosos que de cuando en cuando tienen un acceso de valor, se puso su casaca verde, sus calzones negros de los días de fiesta, cepilló su sombrero, arregló la peluca, y conmovido con el primer memorial que había presentado en toda su vida, se dirigió al palacio del gran duque.

Si alguno quiere deteneros, le habían dicho, respondió atrevidamente que sois el doctor Benignus, el tío de Federico Blumensal, guardia de S. A., y todas las puertas se os abrirán.

El doctor se conformó casi maquinalmente con aquella recomendación. Esta respuesta acompañada de las buenas trazas y austero aspecto del doctor, impuso de tal modo á los guardias, lacayos y gentiles hombres, que pasó sin obstáculo el peristilo, subió la grande escalera, atravesó una larga galería, una estensa antecámara y muchos salones, llegando por último á una pieza que servía á la vez de tocador y de despacho.

Todas las puertas de aquella sala se hallaban cerradas, y formaban juego con las ventanas, y se entregó á serias reflexiones para decidir por cual de aquellas puertas acabaría de entrar, pues la que le había dado paso se había vuelto á cerrar. Despues de haber dado dos ó tres vueltas, el grave astrónomo fuera de su atmósfera y preocupado del paso que daba, no pudo llegar á orientarse, y concluyó por embrollarse completamente en sus exploraciones.

En medio del desorden de sus ideas, vió abrirse la puerta que se hallaba á su derecha. ¿Qué hacia él allí? ¿Con qué derecho se encontraba en aquel sitio? ¿No le tomarían por un ladrón? Tal fué la idea que como un relámpago atravesó por su cabeza. Inmediatamente por una impulsión irresistible, se precipitó hacia la puerta de la izquierda, que pudo abrir y volver á cerrar antes que los que iban á entrar por la otra lo verificasen.

Los que iban á entrar eran nada menos que el gran duque y el baron de Bostrhor, primer ministro de S. A.

La animación que aquellos dos personajes ponían en la

conversación, mostraba que se trataba entre ellos de un negocio de Estado de la mas alta importancia.

El gran duque, hombre grueso de unos cincuenta años, tenía un fondo de benevolencia que se dejaba traspirar en medio de lo preocupado que se hallaba. Podía verse tambien que sufría con alguna impaciencia el dominio que ejercía sobre él su ministro.

En cuanto á éste, era un hombre de unos cuarenta años, seco, altivo, y cuyas facciones denotaban el implacable partido tomado por un diplomático decidido, que se propone llegar por todos los medios á sus fines.

Había llegado la conferencia á su mas alto grado de intensidad y exaltación, cuando se vió interrumpida por un espantoso ruido procedente de la pieza inmediata, en que hemos dejado al doctor Benignus.

Vean nuestros lectores lo que había sucedido.

Aquella sala era una biblioteca llena de alto á bajo de estantes y libros de todas clases. Apenas había entrado Benignus, encontrándose en medio de aquellos nobles amigos, había olvidado de pronto sus temores y el objeto de su pretensión. Deslumbrado por tantos tesoros, iba de uno al otro siempre atraído por uno mas curioso y raro, cuando descubrió sobre un estante bastante elevado el *Opus de emendatione temporum* de Scaligero. Empinándose con gran trabajo hasta el precioso volumen, subido sobre una silla, iba ya á echarle la mano cuando le faltó el pie y cayó en medio de un verdadero alud de papeles y tomos in folio.

—¡Alguno está ahí dentro! Nos escuchan, dijo el príncipe abriendo precipitadamente la puerta del gabinete.

Benignus, puesto de rodillas, estaba tentándose por todas partes para asegurarse que no se había roto nada con la catástrofe.

A la vista de aquella buena é inteligente figura del doctor, el gran duque sintió desvanecerse en parte su cólera y sospechas.

El aspecto de Benignus produjo sobre el baron un efecto enteramente contrario. Apenas hubo mirado al sabio, cuando adelantóse rápidamente hacia él, le cogió con fuerza por el brazo, y arrastrándole hacia el príncipe, le dijo:

—¿Quién sois? ¿Qué haceis aquí? ¿Es para espiar para lo que os habeis introducido aquí?

Sin duda con el aturdimiento que había causado la súbita aparición, el doctor permanecía sin responder y mucho mas estupefacto que lo hubiera estado con la caída de un aereolito ó el curso de sus meteoros. El gran duque tuvo compasión de su embarazo.

—Este buen hombre, dijo, no tiene trazas de un conspirador. ¿Qué interés puede tener en espiarnos? Además ¿no podía preguntársele con mas amabilidad?

—Amabilidad y complacencia, replicó el baron en tono altivo; he aquí, monseñor, con lo que se pierden los estados. No tengo necesidad de hacer conocer á V. A. la gravedad del asunto de que nos ocupábamos ahora. Este hombre estaba muy cerca. ¿Por qué se encontraba aquí, si no para escucharnos? En todo caso no puede menos de haberlo oído. Es dueño, pues, de nuestro secreto y en buena política no conozco mas que un medio de asegurarnos de su secreto.

Al pronunciar estas palabras dió un campanillazo, se presentó un lacayo, salió y volvió inmediatamente despues seguido de muchos guardias.

—Que se lleve á la fortaleza á este hombre, dijo el baron señalando al doctor, y mucho cuidado en que no se escape.

—Si, dijo el príncipe, pero quiero que le den cuarto cómodo y que se tengan con él toda clase de consideraciones.

El pobre doctor se dejó llevar. Subieron con el prisionero en un coche, que partió á todo escape y llegaron á la fortaleza.

A su llegada, los guardias entregaron su preso al gobernador y transmitieron al mismo las prevenciones del gran duque.

Benignus fué, pues, insalado en un cuarto espacioso y muy aseado que, salvo los dobles barrotes de hierro que habia en las ventanas, podía pasar por un despacho ó cuarto de estudio bastante agradable.

El mueblage se componia de una cama de colgaduras y muchas sillas y sillones, y una gran mesa de despacho guarnecida de todos los utensilios. Pero lo que atrajo desde luego la atencion del doctor fué una inmensa biblioteca que rodeaba la pieza conteniendo multitud de volúmenes, sin contar los instrumentos de todas clases que guarnecian los estantes superiores. Desde el principio de aquella escena, Benignus habia creído que era víctima de una pesadilla; pero al aspecto de aquel despacho que parecia llamarle y de aquellos libros que parecian conocerle, volvió á la vida real y dió un gran suspiro de satisfaccion. Paseó el prisionero sus miradas por la biblioteca y recorrió los títulos de los volúmenes. ¡Oh felicidad! eran en gran parte libros de física, de matemáticas y de astronomía. Alargó sus brazos á los que por casualidad le eran desconocidos y despues, colocándose delante de la mesa, se puso á trabajar como si se hallara en su pequeño gabinete científico. Lo que en los últimos tiempos habia preocupado mas al doctor, lo que le preocupaba todavia en aquel momento, era encontrar la época precisa en que debia aparecer el cometa de 1720.

No interrumpió su trabajo sino para gustar de una manera distraída la excelente comida que le vinieron á servir, y mas tarde para meterse en la cama cuando se empezaba á apagar la lámpara. Todavía se durmió soñando aun mas en la astronomía que con el gran duque y el baron de Boshor sin acordarse para nada del secreto de estado.

A la mañana siguiente, al amanecer volvió á ponerse á trabajar con gran aplicacion. Despues de haber seguido algun tiempo á su cometa, tocaba el momento de precisar el día, hora y minuto de su vuelta, cuando se abrió la puerta y dió entrada á un jóven vestido con un brillante uniforme de los guardias de S. A. Era su sobrino Federico.

Detúvose éste algunos pasos de la mesa de despacho no pudiendo menos de admirar la quietud y serenidad del sabio en aquella situacion.

Proseguía el buen hombre embebido en sus cálculos; tenia apoyada la cabeza en sus manos, fijaba en el techo los ojos que veian aun todavia mas allá, y volvía otra vez á fijarlos en el papel que cubria febrilmente de letras y números.

De repente echó hacia atrás el sillón, se levantó, se puso á gritar y á dar saltos, y despues, por último, se arrojó en los brazos de Federico gritando como Arquímedes.

—Lo he encontrado!

Y como su sobrino le mirase sorprendido.

—Si, añadió, he hecho un gran descubrimiento que va á

trastornar á todas las academias. ¡Ignorantes! Sostener que el cometa de 1820 no debe reaparecer sino en 1769! El año próximo lo volveremos á ver el 14 de marzo á las dos y cincuenta y siete minutos de la madrugada. Esto lo dicen mis cálculos que son infalibles ó yo no me llamo Benignus.

El doctor se hallaba en tal grado de exaltacion que costó gran trabajo á su sobrino hacerle volver en sí y hacerle conocer su situacion presente.

Por fin, pudo obtener de él detalles sobre la entrevista que habia precedido á su arresto y no vió en esto mas que una mala inteligencia inesplicable y determinó que su tío redactase un memorial dirigido al gran duque, encargándose él de entregárselo inmediatamente.

En efecto, trazada la solicitud, Federico le garantizó su pronta libertad y se dispuso á dirigirse al palacio del príncipe; pero cuando se presentó á la salida de la fortaleza le respondieron que él mismo quedaba prisionero por la sola razon de que habia estado en comunicacion con el doctor.

Serio se iba poniendo el negocio. Federico, triste, volvió á reunirse con el doctor, al que encontró todavia presa de su vértigo por su nuevo descubrimiento. Desde luego intentó hacerle comprender que habia en aquel momento una cosa mas grave y mas urgente que el cometa de 1720 de que ocuparse, y que en todo esto se veia un enemigo poderoso que habia puesto mal á los dos con el gran duque, estando sin duda acusados de algun crimen político; y por último, que si no podian disculparse, su posicion destruía para siempre su matrimonio con Biquelmina.

Cuando vió que todas estas esplicaciones no causaban efecto y que se estrellaban ante aquel delirio científico, ante aquel problema resuelto, se desanimó Federico dolorosamente y dejándose caer sobre un sillón, inclinó la cabeza sobre sus manos y no pudo contener las lágrimas.

Aquel mudo lenguaje tuvo mucha mas elocuencia que todos los comentarios que antes habia hecho; en un instante el buen corazon del sabio comprendió todo y arrojando los papeles que tenia en la mano:

—¡Qué desgraciado soy! exclamó atormentando su peluca; yo soy la causa de todo; pobre hijo mio, por mí vas á perder tu posicion y la jóven que amas. En fin, yo soy una vieja máquina gastada é inútil que hace desgraciada tu jóven y bella existencia. ¡Vayan al diablo los cometas, los planetas y las constelaciones! ¡Malditos sean de Dios!

Esto diciendo, el buen astrónomo habia tomado en sus manos la cabeza de su sobrino, le abrazaba y vertía lágrimas como un niño.

Este sencillo sentimiento, estas muestras de dolor, conmovieron á Federico y le volvieron el valor.

—Vamos, dijo, querido tío, no somos culpables ni el uno ni el otro; es imposible que no salgamos de aquí sanos y salvos. ¡Oh! ¡qué idea! añadió dándose una palmada en la frente, tenemos á Kramer, el padre de Biquelmina; aunque calculador es, despues de vos, el mejor hombre que yo conozco y os tiene, como á mí, un sincero afecto. ¡Pronto! una carta en que le contemos nuestros pesares; obtendrá una audiencia de S. A., le hará notar la equivocacion que pesa sobre nosotros y no podemos tardar en ser puestos en libertad.

Apenas Federico se habia colocado en la mesa del despacho para escribir la carta que queria dirigir á su futuro sue-

gro, cuando abriéndose la puerta dió entrada á un tercer personaje, que era nada menos que el mismo Kramer, el padre de Biquelmina.

El honrado ciudadano habia sabido la encarceracion del doctor y su sobrino, y venia á ponerse á su disposicion para que dispusieran de él como quisieran.

No pudo menos Federico de notar cuán oportuna era la llegada del buen Kramer. Redactó en un instante una carta urgente, y que el recién llegado se encargó de entregar él mismo y sin tardanza al gran duque.

Mas la fortaleza se habia convertido en una verdadera ratonera. Cuando el digno ciudadano, con la seguridad que da una conciencia irrepreensible llegó al postigo de la prision, rehusaron muy bonitamente el abrirle.

—Habeis comunicado con el doctor Benignus y con el señor de Blumental, le dijo el llavero, y por consecuencia estais condenado á participar de su cautividad.

El apoderado vino con sus orejas bajas á reunirse con sus mandatarios.

Hallábase estupefacto, aturdido Kramer; Benignus se abandonaba al dolor y Federico se hallaba frenético. Estos arrestos sucesivos tenian algo de fantástico. Mil extraordinarios pensamientos surgieron en el exaltado cerebro del joven. Bajo la impresion de la fiebre que le devoraba, escribió á Biquelmina:

«Mi tío ha sido arrestado de orden del baron de Bostrhor; yo en seguida, y á vuestro padre acaba de sucederle lo mismo. Guardaos bien de venir aquí; la fortaleza se ha convertido en un infierno en el que se entra y no se sale. Todo esto es sin duda dirigido contra mí. Si es preciso que yo me sacrifique para obtener la libertad de las dos personas que tan queridas nos son, lo haré con la mejor voluntad y de todo corazón.

»Adios, Biquelmina. Lloro. Amame siempre.

FEDERICO.»

Recibió la joven la carta de su novio. El amor la dió igual grado de penetracion y de valor. Se presentó en el palacio, pidió y obtuvo una audiencia del príncipe.

—Monseñor, le dijo, el doctor Benignus, Federico Blumental y mi padre se hallan en este momento presos en la fortaleza; ignoro el motivo de su arresto; pero suplico á V. A. se digne reflexionar sobre esto: yo soy la novia de Blumental, y el señor baron de Bostrhor, vuestro ministro, tiene sobre mí miras de que no puedo hablar sin ruborizarme. Ahora, monseñor, os suplico me hagais conocer el crimen de que está acusado el doctor Benignus.

Biquelmina se compuso de tal manera y con tal acierto, que el gran duque concluyó por contarle la escena de la biblioteca, y por confesarle que el doctor habia sido arrestado por haber oido un secreto de estado. A estas últimas palabras, y por un motivo que se conocerá despues, la joven estupefacta en un principio, tuvo gran trabajo despues para contener una violenta tentacion de risa.

—Monseñor, replicó haciendo todo lo posible por permanecer seria, á todas las gracias que V. A. se ha dignado ya concederme, le suplico que una la de venir conmigo á la fortaleza para interrogar por vos mismo á ese gran culpable, á ese gran espía, á ese diabólico escuchador que se llama el doctor Benignus.

Dice un refran, y dice bien, que lo que quiere la muger

lo quiere Dios. El gran duque, cuya curiosidad habia escitado grandemente la revelacion de la joven, y cediendo al ascendiente que ejercia sobre él, entró en un carruaje con ella y se hizo llevar á la ciudadela. Pronto llegó á la sala en que se hallaban reunidos Benignus, Federico y Kramer, y allí, entre el príncipe y el doctor se entabló el diálogo siguiente:

—Veamos, doctor, dijo el primero dirigiéndose con bondad á Benignus, ¿no es verdad que habeis oido con intencion ó sin ella la conversacion que ha tenido lugar entre el baron de Bostrhor y yo el dia en que?....

—Monseñor, contestó Benignus, á quien el aspecto del gran duque habia hecho tomar un aire mas cortesano, estoy verdaderamente confuso por vuestras bondades y atenciones, y sino fuese mas que por mí me hallaria muy bien aqui porque en ninguna parte trabajo mas tranquilamente.

Concordaba tan poco la respuesta con la pregunta, que el príncipe miró al doctor y creyó al pronto que se chancaba con él; empero la dignidad y el respeto que brillaban en el rostro del anciano no dejó duda alguna respecto á semejante suposicion. Entonces repitió el duque acentuando fuertemente cada una de sus palabras:

—Os preguntaba, doctor, si habeis oido la conversacion....

Pero Benignus le cortó de nuevo la palabra.

—Así, dijo siguiendo un pensamiento, no es por mí por quien imploro á V. A., sino por mi sobrino y por este buen hombre, á quienes probablemente he atraído á mi desgraciada órbita. Volved, os lo suplico, al uno vuestro favor y á los dos la libertad.

Comenzaba el gran duque á impacientarse, encontrando algo de extraño en aquel continuo galimatías.

—Por última vez, doctor, le dijo, responded; ¿habeis oido, si ó no?

Sin duda Benignus comprendió que se trataba en aquel momento de el cometa, porque replicó con gran viveza:

—¡Oh! en cuanto á eso, monseñor, lo he encontrado. El año próximo, el 14 de marzo, á las 2 y 57 minutos de la mañana, el cometa de 1720 hará su reaparicion: respondo de ello con mi cabeza.

—¡Cáspita! exclamó el príncipe irritado, de dos cosas una; ó este hombre se burla de mí ó es un loco.

—No, monseñor, respondió dulcemente Biquelmina; solamente es sordo, lo que prueba suficientemente que no ha podido oir aquella conversacion, circunstancia que no ignora el baron de Bostrhor.

Entonces le tocó al gran duque abandonarse á una irresistible gana de reir, que Benignus tomó por una negativa de su descubrimiento, y se disponia un tanto picado á argumentar con el duque, cuando la joven logró hacerle comprender de lo que se trataba y tranquilizarle.

Sin embargo, el príncipe habia vuelto á ponerse serio. Dió orden de hacer venir en seguida allí al baron de Bostrhor.

—Señor baron, le dijo, ¿persistís en pensar que es necesario detener aqui á todos los que tienen conocimiento de nuestra conversacion del otro dia?

—V. A. respondió hipócritamente el ministro, debe comprender que atendida la gravedad del negocio que nos ocupaba, la buena política exige este sacrificio.

—Pues bien, replicó el príncipe, en nombre de la buena política resignaos, pues, señor mío, á permanecer aquí, porque vos solo, y tengo de ello pruebas ciertas, sois el único que estáis en la confidencia del secreto de estado.

Sin salir de allí, en el acto, dió á Federico el grado de teniente de sus guardias, y habiendo sabido que Benignus solo había ido á palacio para pretender la plaza de bibliotecario, le otorgó su nombramiento. Pocos días despues, Federico Blumental se casó con Biquelmina Kramer. Además, á la época designada por Benignus, el cometa en cuestion apareció puntualmente en el mismo día, á la misma hora y á los mismos minutos fijados por la sabia prevision del astrónomo.

Esto aumentó de tal modo la reputacion que ya tenia, que fué nombrado director de la academia, baron, caballero de muchas órdenes, miembro corresponsal de las principales academias de toda Europa etc., etc., etc.....

Así es que en el curso de su larga y feliz vejez, el doctor no podia menos de repetir algunas veces.

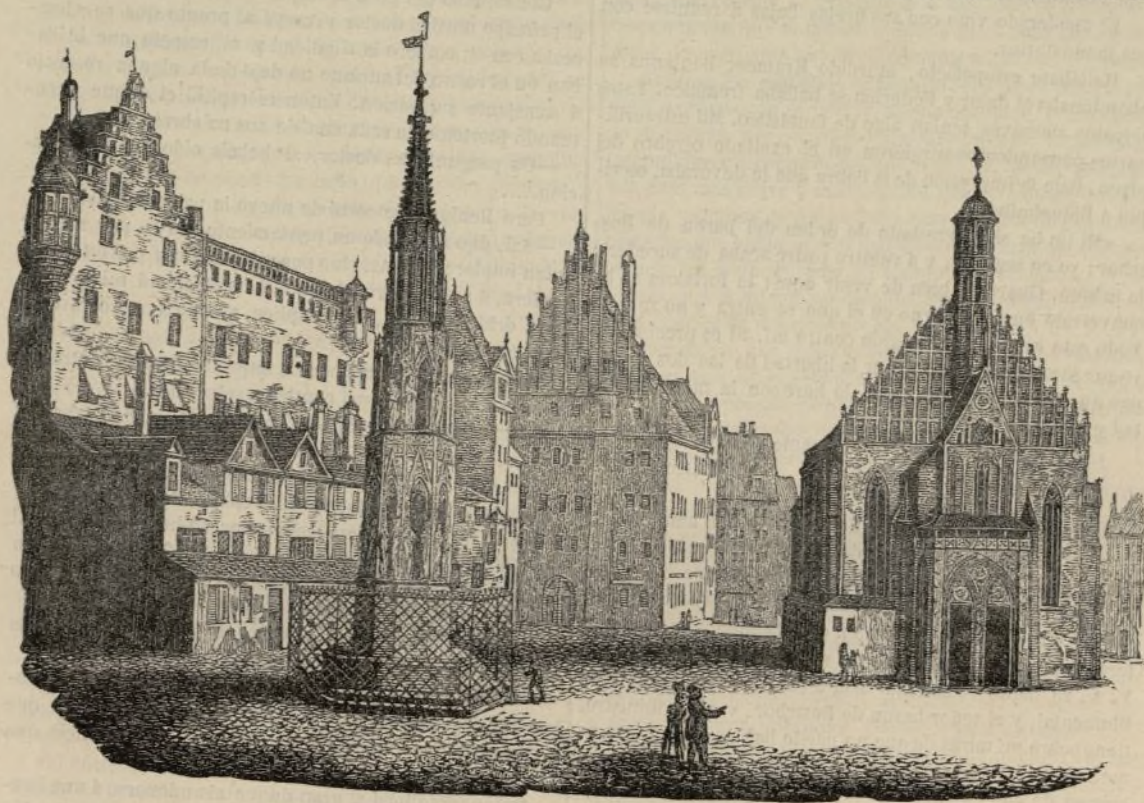
—Oh sordera! sordera! bendita seas! sin tí cuantas calamidades de mas y cuantos beneficios de menos.....

Evidentemente los males son útiles algunas veces.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA

NUREMBERG.

Hay ciudades en Alemania cuyo nombre no parece bien colocado sino en las narraciones de la edad media y que la imaginacion querría concluir su existencia en donde principia la era poética de la Europa y donde comienzan los



Nuremberg.

tiempos positivos hácia el fin del siglo XV. Por una omnipotente asociacion de recuerdos y de ideas no traen á la imaginacion sino pompas imperiales, solemnidades teológicas y religiosas, dietas, concilios, las ordinarias agitaciones de una libertad municipal que quebrantaba grave y poética la altiva dominacion y la severa magnificencia de los barones feudales. Así es que repugna representarse estas ciudades pobladas de habitantes modernos y considerarlos en las escenas vulgares de la vida actual. Tal es Nuremberg, ciudad de la Franconia, asentada sobre las dos orillas del Pegnitz, en medio de una llanura de arena que ha fecundado el cultivo. Si su nombre solo evoca vaga y confusa-

mente todas aquellas imágenes, todas aquellas figuras de la edad media, á su aspecto se dibujan sencillamente y toman en cierta manera forma y realidad.

Para escapar de las hordas bárbaras conducidas por Atila, el Azote de Dios, que inundaron la Europa en el siglo V, algunas familias de noricianos se refugiaron, segun la tradicion, en las profundidades del bosque Herciniano, sobre la colina donde hoy se levanta el castillo de Nuremberg. Aquellas chozas de salvajes perseguidos por otros salvajes fueron el principio de la ciudad. Grandes vicisitudes, frecuentes cambios de señores, rápidas alternativas de prosperidad y de miseria, de opresion y libertad, ofrecen